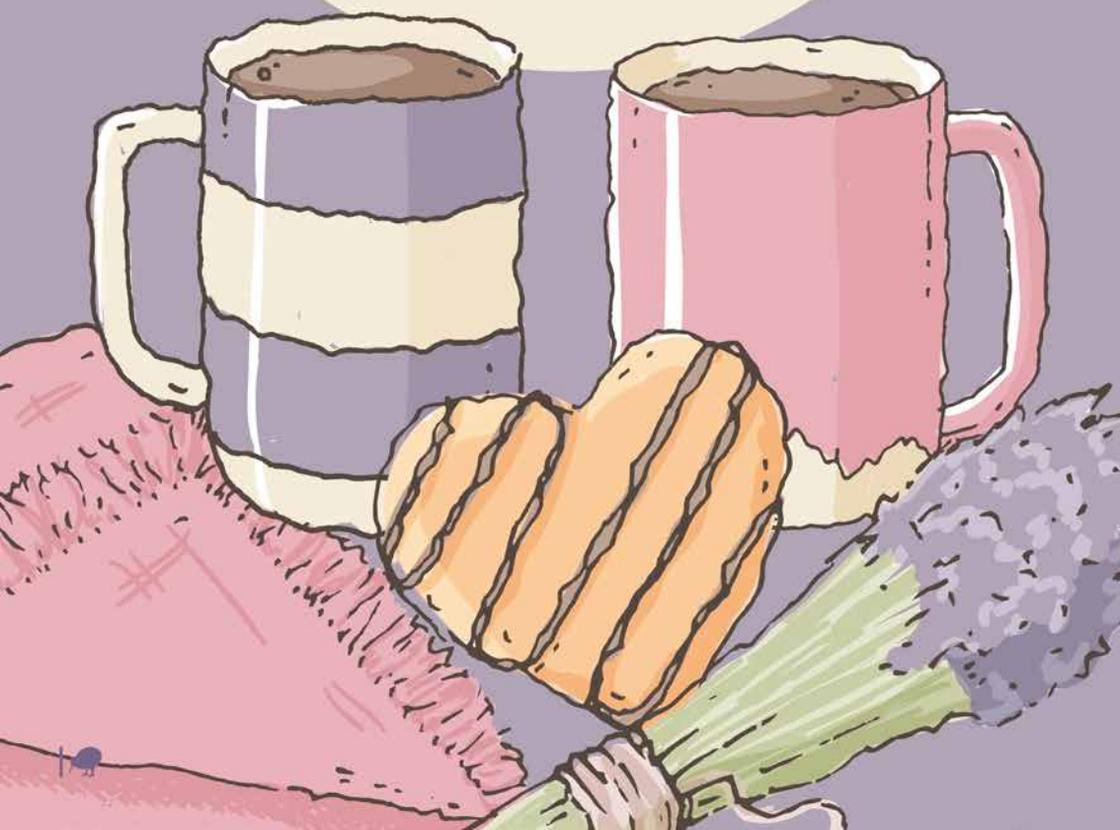


Ángela Franco  
Buscando  
tu estilo  
hygge





Ángela Franco  
Buscando  
tu estilo  
hygge

EDICIONES KIWI, 2022  
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, noviembre 2022  
IMPRESO EN LA UE  
ISBN: 978-84-19147-26-4  
Depósito Legal: CS 725-2022  
© del texto, Ángela Franco  
© de la cubierta, Borja Puig  
© de la foto de cubierta, shutterstock  
Corrección, Paola C. Álvarez

**Código THEMA: FR**

Copyright © 2022 Ediciones Kiwi S.L.  
[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

#### NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

A Ferni, Íker y Sandro; vosotros sois mi momento *hygge*.



# PRÓLOGO

*Miércoles, 13 de junio.*

Quique miró al horizonte y observó la escasa nieve que quedaba en Sierra Nevada, claro síntoma de que se acercaba el verano. En otra circunstancia, aquel detalle lo alegraría, pero, lejos de encontrarse contento, se sentía abatido; no quería irse de Granada.

—¿Y si hablas con tus padres y les dices que no te quieres ir? — le propuso Claudia, mirándolo con el rostro afligido.

Admiró aquellos ojos grandes y verdes tan conocidos para él y les sonrió con una mezcla de amargura y cariño. Claudia era su mejor amiga y, aunque fuera una chica, era lo más parecido a un colega que jamás tendría. Quique y Claudia no solo coincidían en clase, ellos lo compartían todo: la afición por la bicicleta, el fútbol, el tenis de mesa, el baloncesto, explorar lugares nuevos... No sabían estar el uno sin la otra.

En el colegio, no paraban de llamarla «machorra», «machorra» o Beltrán (su apellido); que hubiera dos Claudias en el aula tampoco ayudaba a utilizar su nombre de pila. A Claudia no le importaba cómo la llamaran, ella no estaba dispuesta a cambiar de actitud porque un puñado de estúpidos la insultara solo por actuar de forma distinta a las demás chicas. Eso era lo que más lo fascinaba de su amiga, lo segura que estaba de sí misma, lo competitiva y lo valiente que era; bastante más que él.

Al día siguiente no tenían exámenes; ya habían terminado con todos y esa tarde aprovecharon el buen tiempo para salir a dar un paseo con la bici. Siempre que pedaleaban hacían el mismo recorrido y, normalmente, paraban en un monte frente a Sierra Nevada. Allí había unas vistas impresionantes y a los dos les encantaba detenerse para respirar el aire puro mientras charlaban un rato con aquel panorama de fondo. Aunque, últimamente,

los diálogos tenían el mismo derrotero: la inminente partida de Quique.

—No conoces a mi padre, como se le meta algo en la cabeza, no hay vuelta atrás, y de esto está completamente convencido —manifestó, colocándose las gafas; siempre que estaba nervioso hacía ese movimiento viciado—. Mis hermanos también están deseosos de largarse.

Los dos se callaron unos segundos; después, Claudia lo miró y le sonrió.

—Málaga no está tan lejos. Tiene que ser chulo pirulo vivir allí, cerca del mar —intentó animar a su amigo, aunque a él no lo engañaba; en su partida, la peor parada iba a ser ella: Claudia se quedaría completamente sola.

—¿Sabes? Jamás había visto a mi madre tan contenta. No para de hablar del colegio en el que va a trabajar y del chalé. Por lo visto, está en una lujosa urbanización.

—¿Y qué va a pasar con la casa que tenéis aquí? —quiso saber su amiga.

Originalmente, aquella gran propiedad perteneció a sus abuelos paternos. Cuando estos fallecieron, sus dos hijos, al heredarla, decidieron dividirla en dos; su tía vivió ahí un tiempo con su marido, pero se fueron poco antes de que Quique naciera. Hasta el momento, el padre de Quique se había hecho cargo de las dos propiedades.

—Supongo que mi padre dejará a alguien para que mantenga la casa de mi tía y la nuestra. —Se encogió de hombros—. No hemos hablado de ello, pero igual los fines de semana y las vacaciones los pasamos aquí.

Quique quería creerlo, aunque no estaba muy seguro de que esto ocurriera. Solo había que ver a su tía: después de irse de Granada, no volvieron más. ¿Y si su padre hacía igual? No, se dijo. Su situación era distinta, ellos se iban a vivir mucho más cerca. Su tía Consuelo, en cambio, tenía que coger un avión para poder llegar hasta Pontevedra, donde vivía ahora. Seguro que su padre aprovechaba los días libres para seguir visitando Granada.

—Si eso es así, nos seguiremos viendo bastante —manifestó la chica con renovada alegría.

—Sí, seguro que sí. —Le sonrió—. Además, ya sabes que no te puedo dejar completamente sola, ¿quién te va a defender si no?

La miró con cariño. Él se iría y no tendría problemas para encontrar amigos, nunca los tuvo, pero Claudia..., lo suyo era distinto; él era su único amigo, ni hermanos tenía. Quique era consciente de que, una vez que se encontrara sola, le costaría integrarse con los demás. Tuvo que tragar saliva varias veces para que se le fuera el nudo de la garganta; no quería imaginarse a Claudia sola.

—Tengo casi catorce años —dijo ella, haciéndose la fuerte—, sabes perfectamente que puedo defenderme —añadió, ofendida—. Puedes irte tranquilo.

Quique ya tenía los catorce y a su amiga aún le faltaba poco más de un mes para cumplirlos, pero Claudia seguía teniendo cuerpo de niña pequeña, podría aparentar diez u once años perfectamente, a diferencia de las chicas de la clase, que ya estaban bastante desarrolladas.

—Estarás a punto de cumplir los catorce, pero eres una enana.

—No empieces otra vez —protestó, enfurruñada.

—¡Pero si todavía no tienes ni la regla! —Dio un aullido cuando su amiga le propinó un puñetazo en el hombro—. ¡Me has hecho pedazos!

—No necesito sangrar para estar fuerte. —Levantó sus brazos y le enseñó los diminutos montículos que asomaban en cada uno de ellos.

—Prometiste que me lo dirías en cuanto te bajara; espero que cumplas tu promesa. ¡Ah!! Y también quiero que me tengas informado sobre tus tetas.

—¡Joder, Quique! —gruñó, rabiosa.

—Lo harás, ¿verdad? Lo prometiste —le recordó.

—Sí, te lo diré todo. —Puso los ojos en blanco—. Además, si nos vemos los fines de semana y durante las vacaciones, te lo podré contar en persona.

—Pero si no, me avisas por carta, ¿eh? —insistió.

—Que sí, tonto. —Le dio un manotazo en el hombro. Volvió a quedarse callada, pensativa. Sus enormes ojos se posaron de nuevo en él. Quique vio el miedo reflejado en ellos, el miedo a perderlo—. Quique, nos veremos, ¿verdad?

—Sí, seguro —afirmó, solo para tranquilizar a su amiga. Había algo que le decía que no iba a ser tan sencillo regresar a Granada. ¿Qué iba a ser de ella si esto ocurría? Tragó saliva para quitarse el nudo de la garganta.

Los dos se quedaron callados, muy pensativos. Normalmente, no paraban de hablar de sus cosas, siempre había algo que debatir, pero llevaban unos días, según se iba acercando el momento de la separación, en los que los silencios vencían a los diálogos.

—Igual cuando estés en Málaga, dejas de querer ser bombero —mencionó Claudia.

—No, no creo. Quiero ser bombero —alegó con firmeza.

—¿Te imaginas que de mayores trabajásemos juntos? —Sonrió Claudia, contenta.

—Sigo sin verte de policía. —Le dio un apretón en la estrecha cintura y la chica dio un respingo—. Las policías tienen más músculos.

—Cuando tenga edad suficiente y gane dinero, iré al gimnasio y me pondré como Arnold Schwarzenegger.

Quique soltó una carcajada. No se imaginaba a su debilucha amiga con un cuerpo tan voluminoso como el del actor americano.

—Sí, y que te llamen de Hollywood para grabar alguna parte de *Terminator*.

—¿Quién sabe? Sería chulo pirulo. —Se encogió de hombros, riéndose por la ocurrencia de su amigo.

—Cuando me vaya, tu madre dejará de regañarte por andar siempre conmigo —apuntó Quique, buscando algo positivo a su separación.

—Me pondrá a limpiar con ella. —Puso cara de asco—. Cuando sea mayor, no pienso limpiar nada.

—En la nueva casa de Málaga mi madre no tendrá que limpiar —añadió Quique—. Mi padre ha contratado a una asistenta.

—Tu padre se está forrando y apuesto a que en Málaga se va a forrar muchísimo más.

—Sí, es verdad —afirmó, serio—. Solo piensa en el trabajo y en el dinero.

La miró en silencio. No solo la madre de Claudia, Charo, regañaba a su hija por ir gamberreando con «el macarra» del hijo mayor de Santiago Arjona (eso le contaba su amiga, indignada). Su propio padre tampoco veía con buenos ojos que anduviera con «la piojosa bastarda» (así la llamaba él, aunque a Quique nunca se le ocurriría decírselo a Claudia). Quique no entendía que tanto Charo como su padre se enfadaran de esa forma al saber que siempre iban juntos; no hacían nada malo. Con catorce años sabía distinguir perfectamente entre lo que estaba bien y lo que estaba mal; ellos tan solo disfrutaban el uno de la otra practicando los deportes que les gustaban y hablando de sus cosas, sin hacer daño a nadie. La madre de Quique le daba la razón a su hijo, aun así, su padre insistía en utilizar las palabras «piojosa bastarda» y «estatus social», unas palabras que el chico no aceptaba ni para Claudia ni para nadie.

—¿Quique? —Vio que la chica se mordía el labio—. ¿Puedo pedirte algo?

—Lo que quieras. —La miró con seguridad.

—Es que... no sé si vas a querer. —Retiró la mirada para fijarla en sus manos.

—Claudia, habla de una vez, ¿no me irás a decir que ahora me tienes miedo?

Se conocían desde que eran apenas unos bebés; en la guardería, la maestra los presentó y ya no se separaron.

—¡Eso nunca! —dijo, indignada. Claudia se indignaba muy pronto. Cogió aire y lo soltó—. Está bien. ¿Podrías darme un beso?

—¡Claro! —Se acercó a ella, le dio un beso en la mejilla y después la abrazó.

Aunque Claudia era muy parecida a él, de vez en cuando le salía ese punto *sensiblón* que tenían las chicas. Nunca le había importado abrazar o besar a su amiga si ella se lo pedía o la veía llorar por hacerse daño. Al separarse, Claudia lo miró dubitativa.

—¿Qué pasa? —la interrogó sin entender lo que le sucedía.

—Quique, no decía un beso en la cara, me refería a un beso... como el que le diste a Anabel.

—¿Quieres que te dé un beso con lengua?! —exclamó, sorprendido.

Quique se quedó paralizado; notó como sus gafas se bajaban y las volvió a colocar en su sitio. Jamás había pensado besar de esa manera a su amiga Claudia. Entre sus muchas conversaciones, el tema de los besos había salido a relucir en innumerables ocasiones; no se escondían nada. Quique ya había besado a varias chicas en la boca y, quizás, con el beso de Anabel, exageró un poquito: a Claudia le aseguró que le había metido la lengua dentro de la boca cuando en realidad lo que sucedió fue que, en cuanto lo iba a hacer, la chica reculó, separándose de él espantada. Y Claudia, sin haberse dado ni un solo pico, le estaba pidiendo estrenarse con un beso con lengua. ¿En qué estaba pensando? Podía entender su curiosidad, pero de ahí a dar un paso tan grande...

—Sí, como el que le diste a Anabel —reiteró con seguridad; a cabezona no la ganaba nadie.

—No puedo hacer eso. Claudia, tú eres mi amiga —le explicó Quique, moviéndose inquieto.

—Es que, si no me lo das tú, creo que nadie me besará nunca, y quiero saber cómo es. En una semana te irás y... no sé cuándo volveremos a vernos. ¿A quién se lo voy a poder pedir? ¡A nadie! —declaró, nerviosa, de forma atropellada.

—¿Te vale un pico?

—No, como el de Anabel. —Se cruzó de brazos frente a él con claros signos de enfado—. Me has dicho que podía pedirte cualquier cosa.

—Vale, pero te lo doy otro día, cuando me vaya a ir —intentó ganar tiempo con la esperanza de encontrar otra salida.

—De eso nada. —Negó con la cabeza—. Quiero que sea ahora. Solo falta una semana para que te vayas y a saber cuándo volvemos a vernos a solas. Además, prometo que lo haré como tú me digas.

—Está bien. —Resopló, recolocándose las gafas. Tragó saliva al enfrentarse a aquellos ojos tan grandes que lo miraban con una mezcla de curiosidad y emoción.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Claudia, girándose hacia él.

—Cuando cierres los ojos, te besaré. No abras la boca hasta que yo no te toque los labios con la lengua. ¿Te dará asco? —indagó, recordando la cara de repugnancia de Anabel; y eso que no llegó hasta el final—. No quiero que me vomites.

—¿Cómo me va a dar asco? Te recuerdo que llevamos intercambiando babas desde que éramos bebés. Esto será como beber de tu Coca-Cola.

—Terminemos con esto cuanto antes. —Dio un hondo suspiro—. Cierra los ojos.

Una vez que su amiga los hubo cerrado, se acercó poco a poco a ella. Al advertir su respiración tan cerca, notó como su pulso se aceleraba, siguió adelante a pesar de las dudas que lo carcomían. El roce con los labios de Claudia le electrizó el vello de la piel e hizo que Quique cerrara ligeramente sus párpados. Poco a poco presionó la boca de su amiga, que se dejaba llevar por su «maestría». Con la lengua, acarició suavemente los labios de ella con la clara intención de que abriera la boca, Claudia cedió a su invitación sin titubear. El primer contacto fue tímido, pero pocos segundos después, la invadía y la besaba con ansia, como si no hubiera un mañana. Su estómago se contrajo y se pegó más a ella. Los brazos de Claudia se aferraron a él con fuerza, como si con aquel gesto pudiera retenerlo para siempre a su lado. Quique no se quería ir, quería estar ahí, con su amiga, respondió a su abrazo con la misma fuerza. El beso subió de intensidad; sus bocas se comían sin prejuicios, sin

cohibiciones, con pura avidez. La chica seguía su intuición de forma admirable. Aquello dio un nuevo giro, se sintió dirigido por ella, abducido por ella. ¿De verdad nunca había besado? Un gemido salió de la garganta de Quique, que había perdido totalmente la cordura; su miembro se endureció con un deseo jamás vivido. Sintió un dolor atroz en la entrepierna; nunca había llegado hasta ese límite, nunca había besado de esa manera, nunca había sido besado de esa manera. Asustado, se separó bruscamente con la respiración alterada y la cabeza atolondrada. Intentó serenarse, procurando entender lo que le acababa de ocurrir mientras miraba a Claudia con asombro. Ella continuaba con los ojos cerrados; en sus labios enrojecidos por el beso, apareció una sonrisa de satisfacción.

—¡¡¡Guauuuuuuuu!!! —clamó su amiga, abriendo poco a poco los párpados—. Ha estado bien, ¿no? ¡Ha sido mejor que el de Anabel?! —preguntó, esperanzada; sus ojos brillaban emocionados.

Por el contrario, Quique seguía aturdido, sin saber qué había sucedido, era la primera vez que le ocurría algo así, y su miembro continuaba duro y muy dolorido. Pensó que, en cuanto llegara a casa, iría directo al baño para masturbarse.

—¿Quique? ¿En qué piensas? —llamó su atención.

—¡Ehh?! —Por mucha confianza que tuviera con Claudia, jamás le confesaría que le había provocado tremenda erección.

—Te estoy preguntando que en qué piensas.

—En... nada. —Se subió las gafas con el dedo índice.

—¿Qué tal lo he hecho? —siguió curioseando Claudia.

—¡Ehh?!

—He procurado hacer lo que me has dicho —afirmó, alegre—. ¿Lo he hecho bien?

—¡Ah! Sí. —Quique levantó la mirada y fijó sus ojos en el cielo. El tono se había ensombrecido, el celeste se había transformado en morado. Inspiró el aire fresco de la montaña y lo soltó despacio—. Claudia, tenemos que irnos.

# CAPÍTULO 1

**Más de dieciocho años después.  
Viernes, 30 de agosto:  
feria de muestras de IFEVI (Vigo).**

Claudia miró orgullosa cómo había quedado el stand. Lejos de dejar un espacio frío y poco acogedor, Paloma y ella optaron por darle un toque de estilo bohemio: una explosión de libertad, felicidad y vida. Recrearon un saloncito cómodo y confortable que invitaba a disfrutar de un espacio lleno de colores vibrantes: un sofá con cojines bien mullidos y una manta de lana natural con estampados en tonos vivos, un puf de cuero, una alfombra de alegres colores intensos, un macetón grande a un lado del sofá recubierto de cintas verdes, una mesita baja hecha de troncos de madera y, sobre ella, no podía faltar un libro de *Orgullo y Prejuicio* en tapa dura y una vela encendida que dejaba un ligero olor a sándalo en el ambiente. Frente al asiento, una gran pantalla iba mostrando el trabajo que Paloma y Claudia vendían.

—No le des más vueltas a ese libro, vas a marear a la familia Bennet —apuntó Mateo, estudiándola, divertido, mientras ella movía una y otra vez el atrezo de la mesa.

—Mateo, estoy nerviosa —aseguró Claudia, cambiando la vela de lugar.

—No deberías estarlo —apuntó él. Se acercó hasta ella y la observó con una sonrisa de medio lado—. Tenéis todo bajo control.

—Gracias por ayudarnos, debes de estar agotado. ¿Por qué no te vas a tu casa?

En cuanto Mateo salió del bufete, se acercó hasta la feria para ayudar a Paloma y a Claudia a montar la exposición.

—Cuando la pelirroja regrese, me largo.

—No creo que tarde en llegar. —Le sonrió y le guiñó un ojo.

Una vez que el stand quedó listo, Paloma salió corriendo para ayudar a su prima Marta a montar el suyo.

Mateo no quiso irse y, mientras la esperaban, Claudia le estuvo contando a su amigo lo que querían lograr en aquella feria.

Paloma llegó poco después dando saltos, contenta; ella era pura energía.

—Claudia, he visto algunos de los stands y te puedo garantizar que el nuestro es el más bonito y llamativo de todos —dijo su amiga y socia.

—Ha quedado chulo pirulo —manifestó Claudia sonriendo, mirando el espacio transformado.

—Sí, muy chulo pirulo, sí, señor —reiteró Paloma.

—Bueno, chicas, me largo —agregó Mateo—. Nos vemos.

—¡¡Noooo!! Aún no te vayas —le rogó Paloma—. Quédate un poquito más. Quiero ir con Claudia a dar una vuelta completa por el pabellón para cotillear los stands.

—¿Acabas de llegar y ya te quieres ir otra vez? —se quejó Claudia, frunciendo el ceño—. Además, Mateo querrá irse, debe de estar cansado.

—No estoy tan cansado, puedo quedarme un poco más —manifestó Mateo, sonriendo amablemente a Claudia.

—No debemos abusar más de ti —dijo Claudia a su amigo—. Demasiado has hecho ya.

—A Mateo no le importa —insistió Paloma, ignorando el comentario de Claudia—. Solo tardaremos unos diez o quince minutos.

—No me importa quedarme un poco más —reiteró Mateo con los ojos puestos en Claudia—. Id a echar un vistazo y, en cuanto estéis de vuelta, me largo a casa.

—¿De verdad que no te importa, Mateo? —le consultó Claudia poco conforme.

No podía evitar sentir que, en algunos momentos, se aprovechaban de la voluntariosa amistad de Mateo.

—No, en serio. —La empujó suavemente—. Id a dar esa vuelta.

—Muchas gracias, Mateo. —Le dio un beso en la cara—. No tardaremos en regresar.

Claudia observó el cartel con el nombre del negocio, «B. B. Te Decora». Se sentía orgullosa de la empresa por la que tanto habían luchado Paloma y ella.

Solo tenía tres años de vida, pero poco a poco se iba consolidando en el sector. Ya tenían una buena cartera de clientes fijos que siempre contaban con ellas. Los principales ingresos provenían de inmobiliarias que las contrataban para decorar propiedades con la única intención de acelerar la venta.

Miró a Paloma y le sonrió; era su mejor amiga. Coincidieron en bachillerato y desde el principio hicieron muy buena amistad. Tenía que agradecer muchas cosas a Paloma, entre ellas que le descubriera la pasión por la decoración. Juntas estudiaron grado en Diseño de Interiores en la Universidad de Granada. Cuando terminaron de estudiar, con veintidós años, se prometieron encontrar la manera de crear su propio negocio. Tuvieron que pasar casi siete años para poder cumplir aquel sueño. En ese tiempo trabajaron en empleos variados que nada tenían que ver con su vocación, pero siempre juntas.

El verano de hacía cuatro años, viajaron a Vigo para visitar a Marta y allí se quedaron. Fue por Paloma: se enamoró de un vigués, dos meses después se casó con él y cinco más tarde, se divorció. Su ex se largó de Vigo y ellas se quedaron allí. En ese tiempo y, en parte, gracias a la tenacidad de Mateo, Paloma y Claudia dieron el gran paso y crearon B. B. Te Decora.

Paloma le dio un toque en el hombro a Claudia.

—¿Te has dormido? —le preguntó Paloma.

—Estoy muy despierta. —Levantó una ceja—. Supongo que te habrás esmerado en el stand de tu prima Marta.

—Ya me lo dirás, doña perfecta. —Le dio un pequeño empujón—. ¡Ah! Y te advierto que hoy mi prima está más sensible que nunca, ni se te ocurra decir nada que la altere —le sugirió Paloma.

—Entonces mejor solo saludo, porque cualquier comentario que haga le va a sentar mal. No recuerdo que en los otros embarazos estuviese tan insoportable.

—Yo tampoco. Antonio tiene que estar de un contento... — Claudia puso los ojos en blanco al escuchar aquel comentario irónico de su amiga.

Y es que el pobre marido tenía que soportar a Marta casi las veinticuatro horas del día.

Fueron dando un paseo por la alfombra roja que las iba guiando por el recinto. En la caminata, Claudia no dejaba de observar cualquier pormenor expuesto en los stands. La feria estaba dirigida al sector de «casa»: materiales de construcción, inmobiliarias, novedosas técnicas de iluminación o de fontanería, carpintería, pinturas, cocinas, decoración... Allí había de todo un poco. En cuanto localizó el stand de Marta y Antonio, notó la tensión que se palpaba en el ambiente. Antonio tenía una cara...

Claudia miró a Paloma.

—Parece que Antonio está un poco agobiado, ¿no? —apuntó en apenas un susurro.

—Nada de poco, está muy agobiado —contestó Paloma en el mismo tono.

Antonio y Marta no solo eran pareja, también trabajaban juntos: ella se encargaba de vender el producto, además de llevar las cuentas, y Antonio se dedicaba a la instalación de suelo radiante; ya tenían varios trabajadores que los ayudaban.

—Hola, chicos —dijo Claudia, saludando con la mano.

—Hola, Claudia, ¿te gusta cómo ha dejado Paloma el stand? —preguntó Antonio, visiblemente inquieto. Claudia sintió lástima por él.

Marta no era así antes, las hormonas del embarazo la habían convertido en otra persona.

—Está chulo pirulo, sí.

—He logrado que el producto resalte —manifestó Paloma, orgullosa.

Y así era; el espacio había quedado perfecto. La sutil decoración hacía que, además de bonito estéticamente, destacara el producto que vendían.

—Estoy cansada y me duelen las piernas —protestó Marta, tocándose la enorme barriga; estaba de cinco meses, pero parecía que estaba de diez u once, o de mellizos.

—Ya te he dicho tres veces que te vayas a casa —apuntó Antonio con suavidad; ese hombre tenía una paciencia infinita.

—Estamos viendo los stands —apuntó Claudia—. Coge el bolso, te acompañamos a la salida.

Marta quedó callada, estudiando no solo a Claudia, también a Paloma, que aguantaba la respiración esperando un bufido de su prima.

—¿Os he dicho alguna vez que no me gusta pasear con vosotras? —Las miró con desagrado—. Yo estoy goorda y todas las miradas siempre se posan en vosotras. Una: guapa con el cuerpo diez; y la otra: pelirroja con el cuerpo ocho. Las dos sois unas asquerosas.

—¿Ocho? ¿Cómo que ocho? —preguntó Paloma, rabiosa—. ¿Me mato tres veces por semana en el gimnasio solo para tener un cuerpo ocho?

—¡Estás preñada! No estás gorda —cortó Claudia el monólogo de Paloma para centrarse en el verdadero problema.

—Incluso antes de la concepción, pesaba más que vosotras.

—Coge el bolso y vámonos —ordenó Paloma, dispuesta a terminar cuanto antes con la conversación—. Mateo nos está esperando, también quiere irse.

Entre protestas hizo caso a su prima, se despidió de su marido y se fue con ellas. Claudia no pudo evitar mirar hacia atrás según se iban alejando de allí; vio a Antonio dar un enorme suspiro mientras se dejaba caer en la silla frente al ordenador.

—Cuando nazca Alegría, voy a tener que cerrar el pico —Marta no dio por cerrado el tema.

—Marta, no se trata solo de cerrar el pico —le explicó Claudia con suavidad—, hay que hacer algo de deporte.

—Pero si es que eres asquerosamente perfecta —se quejó gimoteando—. Hasta te encanta hacer deporte. Paloma va al gimnasio obligada, pero tú... tú disfrutas con cualquier deporte. Eres el puto sueño de cualquier hombre.

Hacer deporte para Claudia no era una pasión, era parte de ella, de su vida. No concebía la vida sin acelerar sus pulsaciones mientras sudaba soltando adrenalina. Claudia tenía la semana totalmente organizada con diferentes ejercicios para cada día: jugaba al pádel una vez por semana, corría, montaba en bici, nadaba, hacía pilates y yoga lo practicaba a diario justo antes de acostarse.

—No a todos los hombres les gustan los deportes —matizó Claudia—. Ahí tienes a Mateo, viene obligado a jugar al pádel.

—Apuesto a que Mateo no va obligado, más bien encantado —apuntó Paloma—. ¿Cómo no te das cuenta? Hace todo lo que le pides porque quiere estar contigo. ¡Pero si se compró su casa en la misma urbanización donde la compraste tú!

—¡¡Los tres la compramos ahí!! —Claudia la miró, alucinada; si ella supiera—. ¡¡Y la compramos porque era una ganga!!

—Bueno, lo de la casa no cuenta —añadió Marta—, pero sí que es cierto que el chico está demasiado pegado a vosotras. Puede que tenga algún problema afectivo.

—Mateo no tiene ningún problema afectivo que yo sepa —manifestó Claudia—. Solo se trata de un amigo.

—Será muy amigo, pero sigo pensando que Mateo no ha superado lo vuestro —añadió Paloma.

—Puede que Paloma tenga razón y Mateo está ahí esperando que reacciones.

Sí, habían salido durante nueve meses, pero aquello quedó en el pasado y el presente era bien distinto. Claudia se tuvo que morder la lengua, precisamente por Mateo, por la promesa que le hizo.

—Estáis equivocadas. Hace tres años que todo terminó y después de dejarlo no ha habido ni un momento de tensión sexual entre nosotros. ¿Eso no os dice nada?

—Tú dirás lo que quieras, pero me da que Mateo no lo tiene tan claro —rebatió Paloma.

—Pues yo creo que la que no lo tiene tan claro eres tú. — Levantó las cejas.

—¡Oye, Claudia! ¿Te daría pelusilla si Mateo saliera con otra tía? —preguntó Marta, siguiendo con el dichoso tema.

—¡¡Nooo!! —negó con cara asqueada—. No me daría pelusilla, todo lo contrario, me alegraría por él como me alegro por tu relación con Antonio o las que tiene Paloma; Mateo es solo un amigo más.

Desde que Paloma se casó en un impulso febril (por llamarlo de algún modo) y a los cinco meses se divorciara, su amiga daba tumbos de un lado a otro, como pollo sin cabeza; salía con chicos durante unos meses y después cortaba. Pero Paloma era feliz así y verla contenta, para Claudia, era lo más importante, aunque lo sería más si su amiga abriera los ojos y se enamorara de verdad.

—Yo soy muy feliz con Antonio. —Los ojos de Marta chispearon de emoción al pensar en su marido—. Aunque creo que algunas veces me paso un poco con él —comentó, mirándolas.

—¿Algunas veces?! —Claudia arrugó la frente; al segundo, notó el codo de Paloma en sus costillas—. ¡Auuu!

—Estoy que pico, ¿verdad? —le preguntó Marta a Claudia.

Claudia no contestó, Paloma le había dejado claro que solo debía hablar lo justo sobre los temas personales de Marta.

—¿Por qué no sales esta noche con nosotras? —la animó Paloma, pasando la mano por los hombros de su prima en un gesto cariñoso—. Esta noche Claudia y yo vamos a hacer «noche de uni».

—¡Otra vez!

—¿Qué pasa? —repuso Paloma—. Es divertido. Vente, nos lo pasaremos bien.

—No sé... —respondió, dubitativa, la embarazada, tocándose la barriga—. Estoy algo cansada y encima no puedo beber. —Las observó—. ¿Habéis sacado vuestras bolas?

De vez en cuando, recordando los días de universidad y, para no caer en el aburrimiento, Paloma y Claudia salían y hacían la «noche de uni». Consistía en coger de, entre diez bolas, una cada una y ver qué estupidez les tocaba hacer esa noche. Ese juego lo solían hacer con mucha frecuencia cuando estaban en la universidad y siempre terminaban con una anécdota más que contar.

—No, íbamos a sacarlas ahora; tenemos la bolsa en el estand. ¡Vente! —insistió Paloma.

—Vale —aceptó con decisión—. Saco una bola y si me toca algo que pueda hacer, voy con vosotras.

Al llegar, se encontraron a Mateo hablando por teléfono. Se apartó un poco para seguir la conversación mientras ellas planificaban la noche.

—Íbamos a salir por el Arenal, buscaremos algo tranquilo —sugirió Claudia—, como el Tripulante.

—Aún no sé si voy a ir —manifestó Marta—. Dame las bolas a ver qué sale.

Del cajón de uno de los muebles expuestos, Paloma extrajo un saquito de terciopelo azul marino y se lo entregó a Marta.

—Suerte. —Le guiñó un ojo.

Metió la mano y, tras remover el contenido, sustrajo una de las pelotas amarillas. Las bolas de plástico que contenían las estupideces las habían obtenido de los huevos Kinder; cinco huevos de chocolate que se habían zampado tanto Paloma como Claudia, en total, diez estupideces aptas para casi todos los públicos.

Antes de abrir la pelota, la miró con una risita nerviosa.

—¡Ábrela!! —la animó Paloma.

Mientras separaba las dos partes para descubrir su estupidez, de la boca de Marta salía el sonido de un redoble de tambores. Sacó el papel que había dentro y lo desplegó con parsimonia, dando emoción al acto.

—El perfume —leyó en voz alta.

Esta estupidez consistía en ponerse perfume con olor a pedo. Paloma y Claudia dieron con él por casualidad en una fiesta de

Halloween que hicieron en la universidad; un chico lo llevó para hacer bromas. El olor era asquerosamente asqueroso, valga la redundancia.

—¡Te vienes con nosotras!! —afirmó Paloma, dando palmadas.

—Ni pensarlo. Me dan arcadas de imaginármelo. ¿Tú sabes lo sensible que tenemos las embarazadas el olfato? ¿Cómo lo vas a saber si tú nunca has estado preñada? —contestó ella misma con otra pregunta retórica.

—Te dejamos que saques otra —propuso Claudia—. Esa no vale.

Se quedó mirándolas, dudando si hacer caso a Claudia o no. Marta conocía perfectamente las reglas del juego: «Santa Rita, lo que te toca, no se quita».

—Santa Ri... —fue a decir la frase, pero Paloma la cortó antes de que la acabara.

—En tu caso es distinto. Tú eres una invitada del juego. Además, estás embarazada y entendemos que estás limitada. Coge otra bola —le propuso su prima.

Volvió a observarla y en esta ocasión de sus labios salió una sonrisa.

—Vale, cojo otra. —Removió las bolas con energía y sacó otra. Esta vez no se entretuvo: la abrió y leyó en voz alta—. Maquillaje.

Esta consistía en maquillarse con tonos negros: labios, sombra de ojos y colorete. Estúpido de narices, pero valedero para una embarazada con el olfato sensible.

—¡Te vienes con nosotras!! —repitió Paloma como un *déjà vu*, volviendo a dar palmadas de entusiasmo.

—Esta sí. —Sonrió, divertida, Marta—. ¡Tomad! Sacad vosotras. —Les tendió la bolsa a Paloma y a Claudia; cada una sacó una bola.

Tanto Paloma como Claudia no perdieron tiempo en coger su pelota y abrirla.

—Bailar —recitó Claudia, tapándose los ojos con las manos. Le tocaba hacer un baile sensual en mitad del local.

—Informal —segundó Paloma, poniendo cara de circunstancia. A Paloma le tocaba salir vestida con un chándal, sin maquillar, deportivas y una coleta alta.

—Definitivamente, voy a salir —confirmó Marta—. Chicas, me voy a mi casa, descanso un poco y, en cuanto llegue Antonio con las niñas, os llamo. —Su tono de voz denotaba entusiasmo.

—¡Muy bien! —vitoreó Paloma.

Marta desapareció y Mateo seguía enganchado al teléfono, aunque poco después, colgó.

—¿Todo bien? —le preguntó Claudia.

—Era del bufete. —Levantó el móvil, señalando al culpable—, me acaban de informar de que el lunes viene el jefe de Málaga. —Puso los ojos en blanco—. Tenemos reunión con él a primera hora de la mañana.

Mateo llevaba trabajando en el bufete de Abogados Arjona desde hacía poco más de un año. Cuando Claudia se enteró, se quedó estupefacta; esa empresa pertenecía al padre de Quique, el que fue su único amigo de niña. Aquellos primeros días estuvo con un pellizco en el estómago. Sin querer, comenzó a rememorar los miles de experiencias que vivieron, siendo unos niños, en Granada.

Desde que Quique se fue de Granada, no volvió a verlo más. Era más, a pesar de que esperaban disponer de una semana más, tras el beso que Quique le dio con Sierra Nevada como testigo, su primer beso, no se volvieron a ver. Su padre, Santiago Arjona, se llevó a su familia a Málaga una semana antes de lo previsto. Sin saberlo, aquel beso fue su despedida. Después, todo cambió tanto...

Al principio, Claudia, tal y como prometió a Quique, le envió cartas todas las semanas a la dirección de Málaga que él le dio. Después, se fueron espaciando en el tiempo al no recibir la contestación de su amigo.

Cuando a Claudia, a los pocos meses, le tocó padecer aquel dramático episodio que cambió su forma de vivir, necesitó a su amigo más que nunca. Le mandó cartas explicando su situación, llegó a enviar en un mismo día hasta tres sobres en un claro grito de

socorro e incluso telefoneó, infructuosamente, al bufete de su padre en Málaga. Encerrada en un cuarto, gritó su nombre con una desesperación desgarradora. Solo necesitaba a Quique a su lado para sentir que todo saldría bien, pero nunca recibió una réplica a su llamada de auxilio. Su mejor amigo ya no estaba para ella. No le quedó otra que resignarse y aprender a vivir sin él; no fue nada fácil y hoy en día seguía siendo duro recordar aquella época. Claudia siempre culpó a su padre: Santiago Arjona lo hizo desaparecer.

Por eso, al escuchar nombrar al jefe de Mateo, su vello se erizó de estupor; menos mal que no lo hacía con frecuencia.

—¿Santiago Arjona? —indagó Paloma.

—No, Santiago, no. Esta vez el que viene es su hijo, Enrique Arjona.

El corazón de Claudia no dio un vuelco, directamente quedó paralizado. Su cuerpo comenzó a hormiguar y a temblar. Asustada, temiendo que le diera un infarto, se sentó en el sofá e intentó calmarse con los métodos que utilizaba para estas inusitadas situaciones.

Se fijó en que tanto Paloma como Mateo estaban ajenos a su reacción. Ellos no sabían nada, no sabían qué significó Quique, ahora Enrique Arjona, en su vida. Las únicas personas que conocían la importancia que Quique tenía para ella eran su tía Lola y Ana Peligro, su psicóloga.

—¡Ah! ¿Santiago Arjona tiene un hijo? —indagó Paloma, muy interesada en el tema.

—Tiene tres hijos —especificó Mateo—. Pero al parecer el único que sigue los pasos de su padre es el mayor, Enrique.

Otra cosa que ignoraba. Al final Quique optó por la abogacía, como su padre; lo de ser bombero quedó en un sueño infantil. Ella tampoco había cumplido el suyo de ser policía. Cuando uno crece, hay muchas cosas que se alteran: la forma de pensar, la forma de ver la vida, los sueños de niños... Cuando uno crece y se encuentra de cara con la realidad, no queda otra que ajustarse a ella.

—¿Sabes si está soltero? —dijo con tono coqueto Paloma.

—Ni idea.

—¿Y está bueno? —siguió preguntando su socia de forma insistente.

—No lo he visto jamás. Así que igual el lunes me encuentro con un calco de *Torrente* presidiendo la mesa.

—¡Uff! Qué desagradable eras algunas veces, Mateo. ¿No te ibas? —manifestó Paloma, dejándose caer al lado de Claudia.

—Sí, me voy. —Se acercó hasta Claudia y le dio un beso en la cara—. ¿Estás bien? Estás pálida.

—Sí, tranquilo —intentó disimular—, no he merendado esta tarde y creo que mi cuerpo está pidiendo a gritos comida.

—Haces demasiado deporte. —Mateo echó la culpa al deporte, él solía arreglarlo todo con eso.

—Hoy no he podido hacer nada —gruñó, enfadada, Claudia.

Se frotó las manos; se le estaban quedando heladas y eso que ese día hacía bastante calor. Pensó que, en ese momento, más que nunca, necesitaba correr o nadar hasta caer rendida, pero Claudia se tendría que aguantar con su sesión de yoga antes de acostarse; eso sí que no lo perdonaba.

—Y mañana y pasado con la feria creo que tampoco podrás —le recordó Paloma.

—Si quieres, te preparo algo para que sudes de verdad. —Le guiñó un ojo Mateo. Claudia, en respuesta, contrajo la boca en un gesto claramente arisco.

—Mateo... —bufó Paloma—. A ver si te entra en la cabeza que Claudia solo te quiere como amigo; A-MI-GO —vocalizó con parsimonia—. Si quieres quitarte la presión de los testículos, busca en otro sitio.

—¿Dónde? —la interrogó, insinuante—. ¿Me orientas tú, pelirroja?

—Igual tu madre te puede orientar mejor —contestó Paloma.

—Y luego soy yo el desagradable.

Claudia los miraba sin verlos y los oía sin escucharlos. Su cabeza no paraba de repetirle una y otra vez que el lunes su amigo

Mateo estaría en una habitación con Quique; el corazón, en un principio paralizado, ahora se le iba a salir del pecho, aunque procuró disimular sus emociones.

En cuanto Mateo se fue, Paloma se dio media vuelta y observó con curiosidad a Claudia.

—A mí no me engañas, a ti te pasa algo.

—No, nada..., de verdad; solo se trata de hambre. Te habías traído unos sándwiches, ¿no?

—¿Seguro? —insistió, mirándola con los ojos entrecerrados; Paloma era muy de mirar con los ojos entrecerrados.

—En serio, Paloma. —Como pudo se levantó del sofá y fue hasta el armario para rebuscar—. ¿Dónde está?

No tenía mucha hambre y después del mal rato que había pasado tenía el estómago cerrado por completo, pero tendría que disimular.

—Espera. —Paloma se levantó tras ella—. Ahí no está. —Abrió una de las puertas superiores y de ahí sacó una bolsa de papel—. ¡Toma! Que sepas que este sándwich lo he preparado con todo mi amor. ¡Cómelo todo! Esta noche no quiero que te dé ningún vahído. ¡Tenemos la «noche de uni»!

### **Horas más tarde.**

Sentada bajo la tenue luz que iluminaba la terraza del Tripulante, Claudia volvió a dar un trago a su cerveza mientras escuchaba, divertida, como Paloma le contaba a Marta su última anécdota en el gimnasio.

—En cuanto entré en el gimnasio, lo vi y, como había hecho él los días anteriores, con decisión me fui a la máquina que había a su lado, como si tuviera claro lo que me tocaba hacer ese día.

—¿No te tocaba ese ejercicio? —quiso saber Marta con cara de malvada, tocándose la enorme tripa.

El contraste era intrigante: tenía la cara pintarrajeada con lápiz negro y su vestimenta era de dulce embarazada. Claudia se aguantó la risa con las manos sin poder apartar los ojos de Marta.

—No, ese día me tocaba hacer piernas y me puse en una máquina de pectorales —respondió, envalentonada.

—Como sigas así te vas a quedar asimétrica —apuntó Claudia, soltando una carcajada imaginándose el resultado.

Claudia ya sabía lo que Paloma iba a contar y para no aburrirse decidió ir comentando, lo que fuera, necesitaba participar en la conversación para no pensar en otra cosa.

—Qué tonta eres.

—¡Auuu! —gritó Claudia al sentir una patada por debajo de la mesa.

—El caso es que —siguió contando Paloma— me puse ahí y comencé los ejercicios. Menos mal que esa máquina ya la controlaba bien.

—¿Hablaste con él? —volvió a preguntar Marta.

—Sí. —Sonrió, contenta, seguro que con ganas de explicarle todo.

—Se llama Julián y tiene cuarenta añazos —destripó Claudia en un pispás.

—¡Joder, Claudia!! —refunfuñó Paloma—. Te acabas de cargar la historia con ese pedazo de *spoiler*.

—No pasa nada —aseguró Marta, cogiendo el mentón de Paloma para girarlo hacia ella—. Cuéntame los detalles.

—Nos presentamos y me dijo que se llamaba Julián. —Miró a Claudia con los ojos entrecerrados, como solía hacer—. Hablamos de nutrición, de ejercicios... y me dijo que acababa de cumplir...

—Cuarenta añazos —cortó Claudia—. ¡Auuu!! —Claudia recibió un buen pisotón procedente del talón de Paloma; menos mal que llevaba deportivas y no sus tacones de aguja, si no, le habría taladrado el pie.

—Nueve años más que tú —apuntó Marta, ignorando las claras manifestaciones agresivas de Paloma hacia Claudia.

—En realidad, ocho. Os recuerdo que en diciembre cumpla los treinta y dos. —Sacó la lengua—. No es tanto y está muy bueno. Un hombre con cuarenta años ya tiene la cabeza bien amueblada.

—No siempre es así —comentó Marta—. ¿Sabes a qué se dedica?  
¿Si tiene pareja?

—No y no. No sé a qué se dedica, pero ya me enteraré. Y no creo que tenga pareja; lleva semanas tonteando conmigo.

—Tengo ganas de verlo. A ver si el próximo día le puedes hacer una foto, a ser posible sin camiseta para que lo contemplemos — señaló Marta con tono descarado.

Claudia soltó una carcajada cuando vio la cara que puso Marta. Ese maquillaje era muy escabroso y, según qué gesto, el resultado era realmente inquietante.

—Claudia, ¿cuántas cervezas te has bebido? —curioseó Marta, estudiándola con aire divertido, ignorando que se reía de su aspecto—. Recuerda que nos tienes que deleitar con un bailecito sensual.

—No las suficientes como para bailar como una perra en celo —añadió riendo—. Voy dentro a por otra, ¿queréis algo?

—Verte bailar de una puñetera vez —apuntó Paloma, dando palmadas.

—Necesito estar algo más pedo; me tomo una más y bailo. ¡Lo juro por Patricio Estrella! —Cogió prestado uno de los juramentos favoritos de Amor, la hija mayor de Marta, de cuatro añitos—. ¿Os traigo algo? —insistió.

—A mí me traes un vaso de leche —pidió Marta—. Con el zumo de piña me han dado ardores.

—¿Un vaso de leche? ¿Habrà leche aquí? —dudó, mirando a Paloma, por si ella tenía la solución a ese dilema.

—Deben tener leche, por las tardes hacen café y a mucha gente, por increíble que parezca, le gusta ensuciarlo con un lácteo —mencionó Paloma con cara de asco. Ella era una gran amante del café negro.

—Pregunto y punto —resolvió Claudia—. ¿Con ColaCao? ¿Caliente?

—Blanca, fría y sin azúcar. Eso sí, un vaso de leche GRANDE.  
—Hizo el gesto con la mano.

—Una leche doble —apuntó mentalmente Claudia—. ¿Paloma?  
¿Te pido otro *gin-tonic*?

—No, aún me queda más de medio. Tengo que beber despacio si no quiero pasarme media noche en el baño.

—Pues voy. —Ignoró el apunte de su amiga—. Ahora vengo.

Se levantó y se fue directa a la barra. Esa noche de viernes y de finales de agosto estaba a reventar de gente, tanto el exterior como el interior. Tuvieron suerte, ya que no tardaron en encontrar una mesa en la terraza. Y la verdad era que las tres se lo estaban pasando muy bien.

Ya en la barra, el barman estaba que no daba abasto. No paraba de ir de un lado a otro poniendo bebidas de acá para allá.

Claudia levantó la mano un par de veces para que le hiciera caso, pero el chico o no la vio, o no quiso verla.

—¡¡Me cago en *too!*!! —gritó—. ¡¡Solo quiero una puñetera cerveza y una leche doble!!

Fue decir la palabra leche y, como si se tratara de una contraseña o una palabra mágica, el barman se acercó hasta ella.

—¿Leche?

—Sí, que sea doble, blanca y fría. ¡Ah! Y sin azúcar —repitió lo que Marta le había pedido.

—¡¡Sin azúcar!! ¡Qué chica más dura! —comentó riendo—. ¿Y una cerveza? ¿Cero cero?

—La cerveza CON alcohol. Con mucho alcohol —expresó con rudeza.

—¡Vale!

Le estaba preparando el pedido cuando alguien le tocó en el hombro. Al darse media vuelta, se topó con un tipo; el tufo a bebida tiraba para atrás. Claudia odiaba a los tíos bebidos: solían ser pesados e impertinentes.

—¡Hola, rubia! Veo que te has traído al gato —balbuceó con los ojos puestos en la leche.

Claudia confirmó que, como había intuido, estaba bastante bebido. Entrecerró los ojos y lo miró de medio lado. El tipo se creía

guapo y muy *cool*, pero a ella no la engañaba, ese tonito de borracho-chulo-manido la escamaba.

—No soy rubia, mi pelo es castaño y, para tu información, la leche es para mi amiga embarazada, ¿algún problema? —le dijo, abriendo la boca y encarándose a él; el tipo reculó, aunque solo un poco.

—¡Ah! ¿Has venido con una amiga? —exclamó, emocionado—. Si te apetece, podemos...

—¡Ehh!! —Lo paró con la mano; sabía a qué venía aquella efusividad—. Tranqui, Liam Hemsworth, estoy casada. —Levantó la mano y le mostró su dedo corazón en una perfecta peineta; en él, relucía un precioso anillo de plata con brillantes de imitación. Aunque nada tenía que ver con una alianza, siempre colaba.

—No me importa. Me dedicas esta noche y mañana te vas con tu maridito.

—¡Gilipollas! Para eso te buscas a una ramera, yo no lo soy.

Pagó las bebidas, las cogió y se largó de allí. Era increíble que siempre fuera igual. Los tíos borrachos no tenían reparo a la hora de proponerle sexo rápido y sin complicaciones. ¿Dónde habían quedado los tímidos cortejos de antaño? Cuando a ella le apetecía tener sexo sin complicaciones, utilizaba otro tipo de armas, más sutiles.

Al llegar a la mesa, por las miradas de las chicas supo que su cara revelaba el cabreo que tenía.

—¿Qué te ha pasado ya? —preguntó Paloma.

—Un borrachuzo gilipollas que se creía Liam Hemsworth —respondió.

—Liam Hemsworth está muy bueno —manifestó Paloma. Claudia bizqueó—, pero eso tú ya lo sabes.

—¡Olvida al borrachuzo!! Te recuerdo que aún nos debes un baile sensual, mi *amol* —Marta intentó poner acento sudamericano, aunque le salió regular.

—¡Mierda! Con el disgusto se me ha pasado parte de la cogorza. —Se dejó caer en la silla donde estaba sentada—. Toma la leche.

—Le tendió la bebida a Marta, que no tardó en dar buena cuenta de ella.

—Pues lo siento mucho, pero de aquí no nos vamos hasta verte bailar —señaló Paloma—. Nosotras hemos cumplido. —Hizo una mueca.

Claudia agarró su cerveza y bebió gran parte de un tirón.

—El próximo reguetón, lo bailo.

Y así fue. En cuanto aquella canción llegó a su fin, Claudia se encaminó al matadero. Sus amigas la siguieron hasta el interior del *pub* para buscar un buen lugar y así regocijarse con el espectáculo.

—Espalda recta, hombros bajos, escápulas ancladas, abdomen duro... —recordó las palabras de su monitora de pilates y yoga.

Se situó en mitad de la minipista y, cerrando los ojos, intentó dejarse llevar por el sonido de aquel reguetón tan edulcorado y vulgar; hubiera preferido mil veces bailar alguna canción de Pablo López. Procuró olvidar al cantautor para centrarse en el baile. Se contoneó lo más descaradamente que pudo, retirándose el pelo con las manos de forma sensual; o eso esperaba ella.

Una vez que terminó la dichosa cancioncita (llegó un momento en el que Claudia pensó que jamás acabaría, como si fuera «el reguetón interminable»), abrió los ojos y se encontró con que, mientras danzaba, le habían hecho un corro; todos a su alrededor le aplaudían, exultantes. Claudia quedó estupefacta al comprender lo que había provocado. Un sudor sofocante emanó de su cuerpo, pero no precisamente por la excitación, más bien por el pavor.

Entre el gentío, oteó hasta dar con sus amigas. Las dos estaban sonrientes, orgullosas; la miraban como la heroína de una peli de acción. Claudia les respondió con una pomposa reverencia.

# CAPÍTULO 2

**Lunes: tres días después.**

Con recelo, Enrique estudió su nuevo despacho. Era grande, diría que más que el de Málaga. Y las vistas eran impresionantes. Se acercó hasta el ventanal, retiró la cortina y observó la concurrida Avenida de García Barbón.

Se volvió a girar y fue examinando todos aquellos muebles: un enorme escritorio, la mesa de trabajo, la gran mesa de reuniones, un amplio sofá... Todo era nuevo; nuevo y raro. Respiró hondo. Enrique apostaba lo que fuera a que ninguno de los que allí trabajaban tenía un despacho como el suyo, ni siquiera la propia gerente del bufete; se notaba a leguas que lo habían preparado todo a conciencia para que «el hijo del gran jefe» tuviera lo mejor, independientemente del cargo que iba a ostentar. Era por eso que se sentía incómodo y desubicado.

En el apartamento donde estaba instalado (no muy lejos de allí), percibía esa sensación de fuera de lugar. Enrique se dijo que debía encontrar a la mayor brevedad posible una vivienda en la que hallarse a gusto. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que llegara a sentirse como en casa? Necesitaba encontrar cuanto antes ese bienestar que andaba buscando.

Aun con tantas dudas, la idea de instalarse en Vigo de forma definitiva le parecía la decisión más acertada. Por supuesto que daba un poco de vértigo y sería duro empezar casi de cero (en Málaga tenía todo bajo control), pero estaba convencido de que habría una recompensa. Enrique estaba decidido a pensar en positivo y creer que aquel brusco cambio era lo mejor para él.

Su vida laboral, hasta el momento, había sido exitosa. Se estaba curtiendo en el mejor bufete, Abogados Arjona, y nada más y nada menos que de la mano de Santiago Arjona, su padre y mentor. No

iba a tener problemas para adaptarse al bufete de Vigo. Además, se recordó que seguiría trabajando en algunos de los casos que llevaba en Málaga.

Sus pensamientos quedaron aparcados al escuchar unos débiles toques en la puerta.

—Adelante —dijo con firmeza.

Su secretario, un chico joven y tímido, del cual no recordaba el nombre, entró en el despacho con una carpeta entre sus manos.

—Señor Arjona, aquí le traigo los documentos que me ha pedido para la reunión —explicó, tendiendo el expediente.

—Perfecto. —Los cogió y los hojeó. Al comprobar que el secretario seguía allí, levantó la mirada y lo observó—. ¿Algo más..., eh...?

—Jairo, mi nombre es Jairo.

—Perdona —se disculpó—. Jairo, ¿quieres algo más?

—Sí. La señora Tamayo quiere saber dónde tendrá lugar la reunión.

Mercedes Tamayo era la gerente de la sucursal en Vigo. Aunque en un primer encuentro con ella, Enrique le dejó claro que su llegada al bufete no interferiría en su trabajo solo por ser el hijo del gran jefe, por su forma de actuar, no parecía convencida.

—Dile que donde ella vea oportuno; me adapto.

Mercedes Tamayo fue la que recomendó realizar aquella reunión para presentarlo ante la plantilla y explicar la nueva situación. Enrique lo vio estúpido, ya que él llegaba allí como un abogado más, no había «una nueva situación», pero no lo rebatió, ella era la que dirigía ese bufete.

—De acuerdo, señor. Ahora lo aviso.

—Muchas gracias..., ¿eh...?

—Jairo, me llamo Jairo.

—Perdona. —Resopló—. Jairo.

Le fastidiaba no retener algunos nombres. Su memoria era privilegiada y para su trabajo era imprescindible. Pero tenía un grave problema a la hora de recordar algunos simples nombres. Su

hermano Alejandro, en una ocasión, le dijo que eso solo le ocurría cuando no le interesaba el interlocutor.

Ya no olvidaría el nombre de ese chico.

Enrique se dirigió hacia el sillón giratorio y se dejó caer con la carpeta en la mano. Estuvo repasando aquellos documentos durante un buen rato hasta que el secretario lo informó de que la reunión sería en el propio despacho de Enrique.

No tardaron en llegar. Con Mercedes Tamayo entraron cuatro personas más.

—Señor Arjona —lo saludó la gerente del bufete.

—Prefiero que me llaméis Enrique. —Dejó de lado las formalidades para suavizar el ambiente, que se notaba cargado.

—Bien..., Enrique. Le presento al grupo de abogados penalistas. Son cinco, con usted serán seis. Falta Francisca Villa, que esta mañana tenía un juicio y no ha podido asistir, pero la conocerá esta tarde.

Les fue presentando uno por uno a los cuatro abogados. Enrique agradeció que solo le diera a conocer a los abogados de su especialidad; en un principio, temió que lo mostrara a toda la plantilla como si se tratara de un trofeo.

Sentados en la mesa ovalada de reuniones, hablaron sobre varios de los casos abiertos y de cómo se ayudaban. Esa reunión no solo le sirvió para conocer a sus compañeros, sino también para hacerse una idea de cómo trabajaban allí. Las sensaciones fueron muy buenas y cuando terminó la charla, se sintió algo más relajado. Por otro lado, la imagen que en un principio tuvo de Mercedes Tamayo cambió: era una mujer eficiente y comprometida con el bufete.

—Enrique, aquí le dejo con el señor Salado. Él le explicará todo lo referente al caso García.

—Perfecto, muchas gracias, Mercedes. —Le dio la mano a sus compañeros.

No tardaron en dejarlo solo con Mateo Salado.

—Bien. ¿Por dónde empezamos? —indagó Enrique.

—Voy a por toda la documentación que nos trajo García y se la traigo.

—Mateo, no me trates de usted, por favor. Mercedes me dijo que ni se me ocurriera dejar que me tutearan, pero yo no veo que haga falta tanta formalidad entre compañeros. A fin de cuentas, vamos a trabajar juntos; estamos en el mismo barco.

—Por mí, perfecto —aprobó Mateo con una sonrisa—, pero te adelanto que aquí pocos se tratan de tú. Hay dos bandos, los tuteadores y los *usteadores*, Tamayo pertenece a este último.

—¿Prefieres que nos tratemos de usted? —le preguntó riendo al escuchar aquel término.

—No, yo soy del bando de los tuteadores.

—Perfecto, entonces. —Rio—. Tras las aclaraciones, te dejo que vayas a por la documentación del caso.

La jornada la dedicaron en exclusiva a tratar el complejo caso García. Un supuesto asunto de corrupción, recién llegado al bufete, y que sería su primer caso en el bufete de Vigo.

### **Por la noche.**

Claudia estuvo todo el día con un pellizco en el estómago. A su cabeza no paraban de llegar imágenes de Mateo, por un lado y del Quique que ella conoció, por otro. Estas visiones se entremezclaban, recordándole que esa mañana se iban a conocer. En más de una ocasión tuvo que parar para serenarse. Había aprendido a controlar los nervios casi de forma inmediata; esto se lo debía al yoga y a Ana Peligro, por descubrirselo con tan solo quince años. Aun así, algunas veces era inevitable que las preguntas le taladraran la mente. ¿Cómo sería Quique ahora? ¿Se habría casado? ¿Tendría hijos? ¿Sería feliz? ¿Por qué no se hizo bombero? ¿La habría echado tanto de menos como ella a él?

Por fin se pudo centrar en el trabajo, dejando de lado el pensamiento que tanto daño la hacía. El problema ahora era que estaba tan concentrada en la labor que cada vez que Paloma le hablaba, ella no hacía el menor caso. Su amiga, intuyendo que algo le ocurría,

no dudó en preguntarle. Pero Claudia se lo achacó precisamente al proyecto en el que actualmente estaban enfrascadas; trabajo que consiguieron ese fin de semana en la feria: tenían que diseñar el interior y el exterior de un complejo rural en un municipio vecino de Vigo. Ese encargo era ambicioso y les llevaría unas cuantas semanas de trabajo. Las dos estaban como locas pensando en qué bocetos presentar a los dueños, una pareja encantadora que lo único que les pidió fue que cuando el huésped entrara en el complejo, se viera transportado a un lugar mágico.

Prevenida y sabiendo que hasta que no hablara con Mateo iba a estar con la cabeza en otro sitio, quedó con él y Paloma para almorzar al mediodía. Fue un fastidio que rompiera aquella cita por culpa del trabajo. Eso sí, Claudia no estaba dispuesta a acostarse sin saber algo más sobre Quique, por ello, decidió cambiar el almuerzo por una cena. Solo esperaba que, con aquel encuentro, el pinzamiento que estaba sufriendo en su interior en los últimos días desapareciera.

Sobre las ocho de la tarde, cuando se acercaba el momento de que Mateo llegara, sus nervios estaban a flor de piel y ni los ejercicios de yoga que tantas veces la habían ayudado habían logrado su finalidad. No se centraba en lo que estaba haciendo e, intentando dejar la mente en blanco, sus acciones estaban resultando poco cuerdas: había metido en el lavavajillas el plástico que cubría la base de *pizza* congelada en lugar de echarlo en el contenedor amarillo. A una de las masas le había añadido ketchup; se percató del error a tiempo y la otra masa la cubrió de tomate. Tampoco se acordó de precalentar el horno.

Cuando por fin tocaron a la puerta, rogó para que fuera Mateo y no Paloma; pretendía hablar con él antes de que ella llegara.

Al abrir la puerta dio un suspiro de falso alivio al ver que se trataba de él.

—Hola, guapa —la saludó Mateo, dándole un beso en la cara.

—¿Qué tal el día? Te veo contento —comentó, procurando no parecer ansiosa por hablar de su trabajo y más concretamente de su jefe.

—No me puedo quejar —manifestó, yendo hasta la cocina para dejar algún delicioso postre comprado en la pastelería—. ¡Ummm! ¡Qué bien huele!

—He hecho *pizza* —respondió Claudia sonriendo.

—La pelirroja venía, ¿no?

Siempre que planeaban un almuerzo o cena solían quedar los tres; eran vecinos y aprovechaban cualquier momento para juntarse y charlar un rato. A menos que Paloma tuviera alguna cita, entonces cenaban Mateo y Claudia solos, y él aprovechaba para contarle sus penas. Se recordó que ese lunes, su amiga no había quedado con nadie y, por lo tanto, podría aparecer en cualquier momento.

—Sí, estará al llegar. Iba a traer una de sus ensaladas.

—Me encantan esas ensaladas —declaró Mateo con ojos de enamorado—, pero ni se te ocurra decírselo.

Mateo siempre estaba igual: nunca quería admitir delante de Paloma que todo lo de ella le gustaba. Y, para colmo, siempre estaban picándose.

—No te entiendo, deberías hablar claro con ella de una puñetera vez. Tanto Marta como ella piensan que estás por mí.

—Ya te he dicho cientos de veces que quiero que la pelirroja se dé cuenta de que soy su media naranja.

Paloma constantemente estaba a la búsqueda de su media naranja, no paraba de decirlo en voz alta.

—Si no le das pistas, nunca se dará cuenta; las personas somos así de raras. —Bizqueó. En ese momento se escuchó el timbre de la casa—. Voy a abrir a Paloma.

¡Mierda!, se dijo Claudia, ya no podría sacar el tema como había planeado. Tendría que buscar un plan B.

Paloma entró como un huracán, explicando de forma atropellada las nuevas ideas que se le habían ocurrido para el proyecto del complejo.

—... en la recepción, en el espacio dedicado a la información de las actividades, podríamos poner una mesa de... —Se quedó callada de golpe al ver a Mateo—. ¿Ya has llegado?

—Como bien puedes comprobar, sí —afirmó Mateo—, acabo de llegar.

—¡Qué tonto eres! —Le dio un golpecito en el hombro—. ¿Qué postre has traído?

—Tarta de manzana. —Levantó las cejas—. Os acabo de escuchar, ¿qué tal con el nuevo proyecto?

—Tenemos una idea chula pirula —afirmó Claudia—. Estamos muy emocionadas, ¿a que sí?

—Es que es un proyecto tan completo... Estamos creando diferentes ambientes para las habitaciones.

—Habrà que ir a probarlo cuando esté listo —dijo Mateo—. ¿Cuándo estará acabado?

—¡Ufff! Aún queda —indicó Paloma—. El próximo lunes hemos quedado con los dueños para enseñarles un primer borrador.

—Y ¿os dará tiempo a hacerlo? Ese complejo tendrá unos diez bungalós.

—Catorce —corrigió Paloma a Mateo.

—Y nos dará tiempo —añadió Claudia—, aunque tengamos que trabajar de madrugada, el próximo lunes, los dueños de El Paraíso tendrán lo que buscan.

—Me encanta tu seguridad —declaró Mateo, mirándola con cariño.

—Mateo, algunas veces eres algo repelente —manifestó Paloma, oteando al abogado con cara de asco.

—La cena ya está lista —cortó Claudia, imaginando que empezarían una nueva discusión—. Vamos a poner la mesa.

Cuarenta minutos después, tras recoger la cocina, se sentaron en el sofá para ver un poco de tele mientras se tomaban una infusión.

Claudia, aunque algo más calmada, seguía a la espera de que Mateo hablara de su encuentro con Quique. Iba a sacar el tema cuando Paloma se le adelantó.

—Oye, no nos has dicho nada, ¿qué tal con el jefe?

—La verdad es que estaba cagado de miedo. —Se crujió los dedos—. ¿Y para qué? Para nada. —Sonrió, contento.

—¿Al final Quique no ha venido a Vigo? —saltó Claudia, sintiendo alivio, después del día que había tenido.

—¿Quique?! —exclamó Mateo, escrutándola—. ¿Cómo que Quique?

—Enrique..., quise decir... Enrique —intentó rectificar, pero los dos ya estaban con las antenas puestas en ella.

Claudia se quedó paralizada, observando a sus amigos, sintiéndose una completa idiota por la gran metedura de pata que acababa de protagonizar. A la primera de cambio se había descubierto. Y eso que pretendía pasar desapercibida.

—Lo conoces, ¿verdad? Conoces a Enrique Arjona —indagó Paloma sin dejar de taladrarla con las pupilas.

—Bueno... —balbuceó sin saber qué decir—. Sí. Quique... Enrique estudió conmigo en Granada.

—¿Que estudió contigo en Granada?! —repitió Paloma con cara de alucinada—. ¿Por qué no nos dijiste nada?

—¿Estudiaste con Enrique? —segundó Mateo, utilizando la misma frase que Paloma—. ¿Por qué no lo dijiste el otro día? Igual le habría hecho ilusión saberlo...

—¿Entonces, ha venido? ¿Ha estado en Vigo? —preguntó Claudia con el corazón a mil al entender lo que aquel comentario significaba.

—Sí. Lo he conocido. El chico es muy simpático —explicó—. Si llego a saber que estudiaste con...

—¡Ehh! ¡Para el carro! —cortó a Mateo, asustada—. Solo estudiamos juntos unos años. —Omitió que fueron inseparables desde la guardería hasta 2º de la ESO—. Después, se fue a Málaga y ya no he sabido nada de él. Lo más seguro es que ni se acuerde de mí —le quitó importancia.

—Aun así, seguro que lo alegrará saber que fuisteis compañeros en el colegio.

—¿Cómo que se alegrará? ¿Es que lo vas a volver a ver? —Sus manos comenzaron a sudar más de la cuenta y por dentro temblaba como un flan. Cogió su infusión de la mesa y bebió un buen trago.

—Sí. Ha venido a Vigo para quedarse. Es abogado penalista y ¡adivina!

—¡Ah! Como tú —apuntó Paloma con una sonrisa—. No me digas que vais a trabajar juntos.

Claudia no podía contestar; su mente solo repetía, en modo bucle, que Quique había venido a Vigo y nada más y nada menos que para... ¿quedarse?

—Juntos codo con codo. Vamos a llevar un caso complicado de corrupción —expuso Mateo.

—Oye, ¿y cómo es? —lo interrogó Paloma.

—Es un tío muy majo. Lo primero que me dijo fue que nos tuteáramos. Me repitió en varias ocasiones que él, en el bufete, era un abogado más. Creo que Mercedes Tamayo estuvo en modo «es el jefe y tengo que hacerle la pelota».

—¿Me lo presentarás? —siguió Paloma.

—Vamos a esperar un tiempo antes de meterlo en el matadero. Primero, le hablaré de Claudia y...

—No. No le digas nada de mí —le rogó. Procuró calmarse para no parecer una demente—. Me da mucha vergüenza. Además, no tengo ganas de recordar batallitas de aquella época, no guardo buenos recuerdos.

—¿Por lo de tu madre? —comentó Paloma.

—Entre otras cosas. Prefiero dejar esa puerta cerrada. —Resopló—. Mateo, no me metas en ese compromiso, ¿estamos? —le pidió a su amigo.

Algo tuvo que ver Mateo en su cara que lo hizo quedar un buen rato callado, cavilando.

—Estamos —contestó—. Tampoco quiero que piense que le estoy haciendo la bola.

—Eso está muy feo —añadió Paloma, apoyando aquella decisión—. No está bien hacerle la pelota al jefe.

Claudia se tranquilizó algo. Aunque el pellizco que tenía en el estómago y que creyó que se iría con la cena no lo hizo; todo lo contrario, con las nuevas noticias se había afianzado.

